

11 Diciembre 1928

30 ctms.

Estampa

Revista Gráfica y Literaria de la Actualidad Española y Mundial - Editada en Suc. de Rivadeneira

Paseo de San Vicente 20 == MADRID.

Director
Propietario:
Luis Montiel
τ
Redactor-jefe:
Vicente
Sánchez Ocaña

Año 1 - Núm 50



Las actrices inglesas y las fiestas de Navidad Este encantador grupo de guapas actrices inglesas se ha disfrazado con estos pintorescos y bellos trajes para divertirse durante las próximas Pascuas. Con su aire desenfadado y gracioso, a buen seguro que ellas sabrán llenar con sus risas los alegres días de Navidad. (Foto Orrios.)

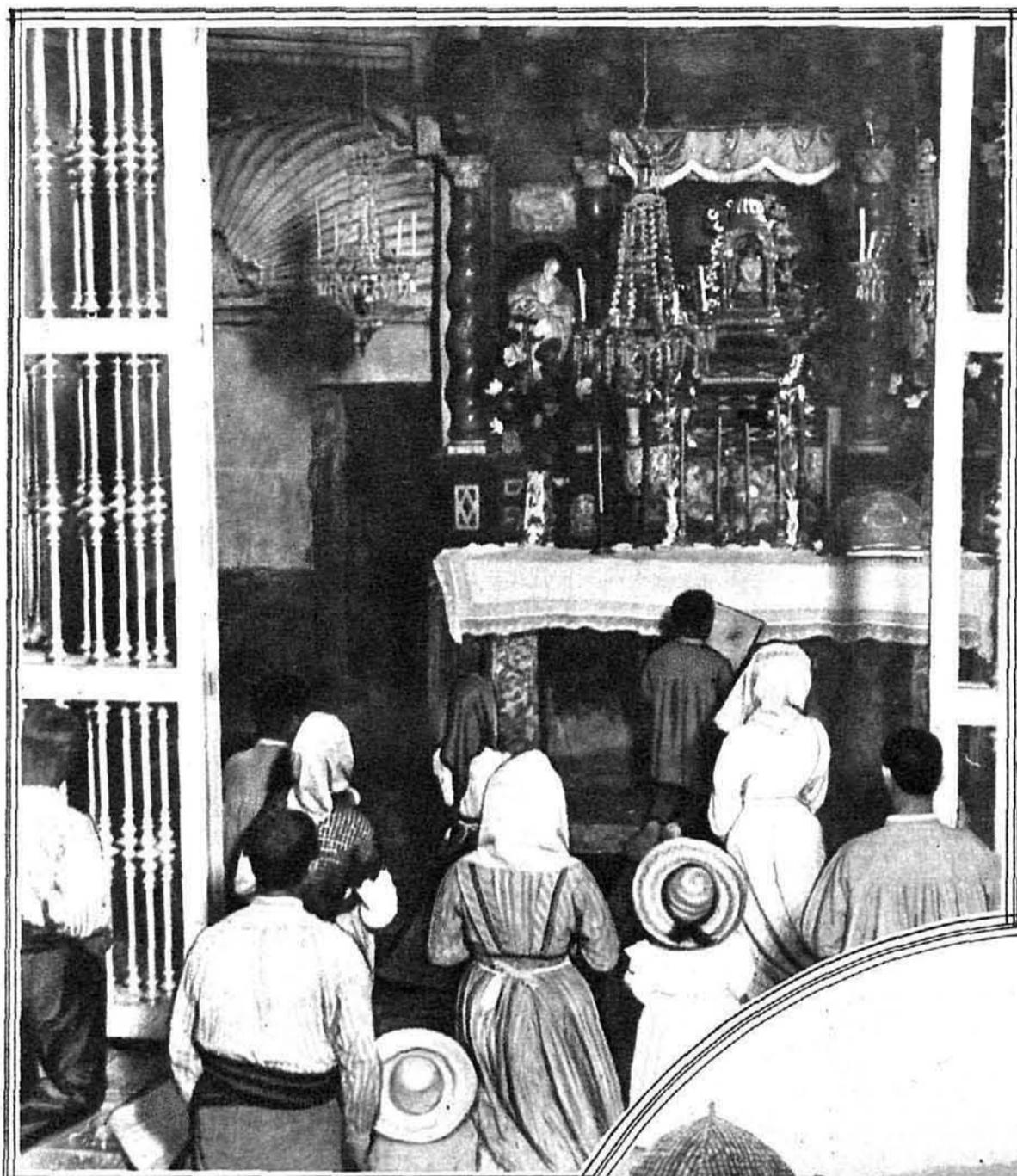


GRAN LICOR TONICO EXQUISITO DIGESTIVO

BENEDICTINE

Tradiciones levantinas

LOS PEREGRINOS DE LA CUEVA SANTA



Devotos orando en el templo subterráneo de la Cueva Santa.

ALLÁ lejos, muy lejos y muy alta, perdida en las rugosidades laberínticas de las sierras levantinas, apartada de toda fácil comunicación, en el confín de tres reinos y de tres obispados, en las desiertas altitudes de Montemayor... está la cueva gigantesca, la mística oquedad de la montaña que, en su seno, oculta un tesoro. ¿No oísteis, nunca, hablar de la Cueva Santa? Los valencianos y aragoneses la conocen bien. Todo buen castellonense suele contar a sus hijos: «Cuando yo fui a la Cueva Santa...» Porque, entre los antiguos regiócolas era condición precisa ir en peregrinación a la Cueva Santa, bien solventando algún voto, o bien por mera devoción tradicional. Y los caminos eran hormigueros humanos, sobre todo en el día de la septembrina fiesta, siendo tal la aglomeración de peregrinos, que se pasaban la noche al raso bailando en torno de las hogueras.

Pero, ¿qué es eso de la Cueva Santa?—preguntará algún lector—. Es un templo subterráneo edificado en el fondo de un espacioso antro, bajo solitaria ermita cuatro veces secular; un enterrado tesoro que es admirable consorcio de arte, riquezas e historia; un nidal de curiosas tradiciones, algo insólito y sin réplica en el suelo hispano.

Vivió allá, en el siglo xv, un personaje llamado Bonifacio Ferrer (hermano de San Vicente), político y abogado de Valencia, primero, y general cartujo, después, cuando perdió esposa y cinco hijas; el que inter-

vino, con ventaja, en la elección del monarca aragonés y en el cisma de la cristiandad; el que, siendo maestro de novicios, recibió los votos de sus hijos diciéndoles: «Hoy os he engendrado»; el que tiene enterrado sus restos en la escalera que baja a la Cueva Santa. A ese fraile famoso se atribuye el origen de la imagen: un busto de la Virgen Madre, relevado en medallón de yeso hace medio millar de años; entregado a unos pastores para fomentar la devoción mariana, y olvidado por éstos en la cueva llamada entonces del Latonero, en la cual solían guarecerse con sus ganados. Allí encontró esta imagen otro pastor, a principios del siglo xvi, y la devoción hacia ella creció acentuada en la misma centuria, a raíz de la portentosa curación del leproso Juan Monserrate Escario, despedido de Jérica y recluido en la cueva con su fiel esposa, que no le quiso nunca abandonar. Se edificó la capilla, se cerró la cueva, se levantó la hostería para peregrinos sobre el antro; luego, junto a ella, otra capilla del Cristo de los Moriscos, con airosa cúpula o media naranja; intervino el obispo para el culto; llegaron innumeradas y nutridas peregrinaciones; y se contaron estupendos prodigios de la imagen. Mas no terminó la centuria sin un incidente bien poco grato: el ruidoso pleito entre la mitra segorbina y la cartuja de Vall de Cristo, que se incautó un día del santuario colocando su escudo sobre la puerta, y cerrándosela al obispo a pretexto del señorío cartusiano sobre la villa de Altura, en cuyo término radica la Cueva. El pleito fué largo y ruidoso, sin que pudiera acabarlo Clemente VII, al nombrar juez que lo fallase, pues los cartujos desacataron al árbitro del Pontífice y nombraron otro juez, el cual falló en contra suya, devolviéndole al prelado la ya famosa Cueva Santa.

Los cartujos, primero; los prelados, después, y la devoción popular, siempre, fueron enriqueciendo el santuario, no quedando en zaga los duques de Segorbe en su esplendor, que, al ser reedificado aquél en el siglo xvii, sufragaron el retablo de jaspes que se ve tras la reja de aluminio, así como la gran Custodia, de plata, y el relicario, de oro, con perlas y brillantes que encierra, con triple llave, la pequeña imagen de la Virgen. Urbano VIII creó la cofradía, en la que se inscribieron monarcas, nobles y prelados. De Segorbe, Altura, Alcublas, Jérica, Castellón y Valencia llegan peregrinaciones anuales, compuestas de millares de devotos, que acampan en las



El pintoresco paisaje del término de Altura (Castellón), en el cual se alza la popularísima ermita de Nuestra Señora de la Cueva Santa, venerada en todos los contornos.



De vuelta de una peregrinación a la Cueva Santa.

cercanías de la ermita. Pero, antiguamente, venían los penitentes descalzos y a pie, con cilicios, unos; coronados de espinas, otros; cargados de cruces, muchos, o con los brazos en cruz atados a algún madero; y no faltaban tampoco los famosos disciplinantes o los que arrastraban cadenas. Detalle curioso fué que, al predicarse aquí un sermón contra el lujo femenino y la vanidad de las mujeres en sus peinados, se llenó un cesto de largas trenzas de cabellos, que centenares de jóvenes sacrificaron humildemente ofrendándolas a la Virgen. (Claro está que hoy no cabría ya la repetición del milagro. En aquellos tiempos no se peinaban las chicas a lo *garçon*.)

Han cambiado los tiempos; pero no tanto las

tradiciones, que aún perduran arraigadas en estas bellas tierras, pobladas de gentes, ardientes en sus pasiones y hasta, a veces, algo fanáticas en defensa de sus tradiciones políticas y religiosas. La devoción a la Cueva Santa se entibia, mas no perece; y en cualquier tiempo que allá vayáis encontraréis siempre la compañía de devotos peregrinos que siguen el camino de sus padres y sus abuelos, que desayunan en la fuente de Ribas, que descansan, salvada la cuesta, en la cruz del término; que entran reverentes en la ermita, descienden a la cueva por su amplia escalinata, doblan su rodilla ante la reja de la capilla y, cumplida esta misión, suben a la cumbre del Montemayor a admirar el panorama de doce leguas en

contorno por tierras valencianas, aragonesas y castellanas; comen la clásica paella en la hospedería; bailan un rato en la terraza que se antepone a la misma, y, promediada la tarde, emprenden el regreso, no sin antes cargar la mano de medallas, estampas y reliquias para los amigos y sus familiares. Al llegar a sus lares, duermen tranquilos y para siempre satisfechos de haber cumplido un precepto tradicional: la obli-

gada peregrinación a la famosa Cueva Santa.

CARLOS SARTHOU CARRERES

Játiba, 1928.

(Fotos Archivo del doctor Sarthou.)

¡Exija referencias!

Para su casa, para su oficina, Vd. no admite a nadie sin informes. Para su salud, mil veces más preciosa, es en cambio menos exigente. ¿Sufre fuertes accesos de Tos? Compra Vd. cualquier cosa: un remedio desconocido, pero voceado por la propaganda. Que cueste unos céntimos.

Vd. procura evitar que un criado o un empleado le resulte infiel. Evite también ingerir un remedio cuya posible impureza arruinaría su salud. Si tiene TOS, exija 60 años de inmejorables referencias.

Hay quien las tiene:

Pastillas
del Dr. Andreu